

AGUJAS

de

PAPEL

MARTA GRACIA PONS



MAEVA

PRIMERA PARTE

Todavía recuerdo como si fuera ayer el día de Navidad de 1892. Vivíamos uno de los inviernos más fríos de los últimos años y, si bien aún no había caído ni un solo copo de nieve, los resfriados no habían tardado mucho en llegar. Tía Elvira, que a principios de otoño mandaba vestir la casa de arriba abajo con las pesadas cortinas estampadas de invierno y las gruesas alfombras persas, había sido la primera en caer. Así que escuchábamos constantemente su voz a nuestras espaldas, recordándonos una y otra vez que debíamos cerrar las puertas a nuestro paso para evitar las peligrosas corrientes de aire que la habían dejado una semana entera postrada en la cama.

Dos criadas no paraban de subir y bajar escaleras: una llevaba para planchar la mantelería blanca, que luciría limpia y perfecta a la hora de comer, y la otra, que apenas tenía mi edad, procuraba que toda la casa estuviera en orden y que los cristales de las ventanas que daban a la calle brillaran más que nunca. ¡Cómo adoraba ese trajín matutino! Oír los pasos apresurados del ama de llaves por los largos y oscuros pasillos del palacete, el cuchicheo risueño de las muchachas restregando los cepillos mojados por el suelo... Aquellos sonidos rutinarios, pero tan deliciosos para mí, me hacían sentir viva y llena de felicidad.

—¡Amelia! —gritó tía Elvira—. ¡Amelia!

La voz provenía de su habitación, así que me apresuré a averiguar qué era lo que quería mi madrina con tanta insistencia. Al entrar en aquel santuario repleto de estampitas, vírgenes y cruces, enseguida recordé la noche anterior. A las once, como todos los años, tuvimos que abandonar la ratafía y los juegos de cartas para enfundarnos los abrigos, los sombreros y los guantes y escuchar el pesado sermón del padre Elíseo en la misa del gallo. Y es que tía Elvira era una devota

y practicante empedernida, y muy pocas veces perdonaba la visita del padre Elíseo, confesor de la familia desde hacía más de veinte años y, por supuesto, invitado de honor en la comida de Navidad. Soltera, exigente y mandona, mi madrina adoraba hacer de celestina y encontrar marido a cualquiera a quien comenzara a pasársele el arroz. A mí me costaba entender que una mujer que jamás se había casado pudiera aconsejar sobre los defectos y virtudes de la vida matrimonial. Pero he de reconocer que no se le daba nada mal: la última que había cedido a sus propósitos había sido mi hermana Carolina, que en pocos meses iba a casarse con un arquitecto recién licenciado y de buena familia. Tía Elvira había hecho de carabina durante las largas tardes del verano pasado, convenciendo a uno y a otro de que juntos podrían tener la vida que siempre habían querido, sin renunciar a los lujos que sus respectivas familias les habían procurado hasta entonces.

—¿Qué quiere, tía? —La observé mientras ella intentaba ponerse el corsé, y no pude evitar reírme para mis adentros al ver aquellas exuberantes lorzas luchando por liberarse del rígido artilugio.

—Parece que el corsé se ha encogido.

Asentí con poco convencimiento. Mi tía era culpable de uno de los siete pecados capitales: la gula. Siempre he creído que si no hubiera sido por la desmesurada pasión que sentía hacia la comida, probablemente se habría encerrado en un convento de por vida. Pero la austeridad no era una de sus virtudes, y era incapaz de poner límites a sus deseos más mundanos.

—Ayúdame, anda, que Juana está con tu madre poniéndole paños en la frente —continuó—. ¡Si es que una camarera para cuatro mujeres!... ¿Dónde se ha visto eso? Somos una familia de categoría, de las mejores de Barcelona, pero tu padre es de puño cerrado, nena. Ya lo era de pequeño; nunca fue capaz de regalarme nada... ¡Pobre de mí, que me he dedicado a él en cuerpo y alma!

—¿Madre está enferma otra vez? —Agarré el corsé con fuerza e intenté apretarlo cuanto pude.

—Voy a necesitar más vestidos, nena, así que tendremos que ir a la modista. —Se miró al espejo e hizo una mueca de disgusto al verse la papada—. Y sí, tu madre está de nuevo alterada, supongo que será por las preocupaciones de la fiesta, ya sabes que nunca se le ha dado bien

hacer de anfitriona y llevar las riendas de la casa. Menos mal que está tu tía para organizarlo todo.

Me dolía en lo más hondo el tono que utilizaba al hablar de mi madre, como si se tratara de una niña sin la capacidad de actuar y vivir como una persona adulta y madura.

–No lo entiendo, tía. Madre me preocupa... ¿Qué le pasa? Siempre la veo así, desanimada y sin ganas de vivir.

–No es nada, te lo aseguro. –Abrió el cajón de su tocador y sacó un postizo de pelo rizado–. Ayúdame a ponerme esto, anda, quiero que se me vea una frente bien rizada. ¡Que no se diga que la familia Rovira no tiene clase!

Tía Elvira solía cometer otro pecado más: el de la vanidad. Compraba los vestidos más caros, las joyas con más pedrería, los sombreros con las plumas más exóticas... No escatimaba en gastos, y en más de una ocasión había tenido que pedir a mi padre que le aumentara la asignación que le correspondía para pagar las deudas que se acumulaban en la modista. Aunque yo desaprobaba tal derroche, no podía hacer lo mismo con su afición por la moda, pues yo misma me consideraba admiradora de las casas más populares de París y de los modistos más en boga del momento. En mi mesita de noche acumulaba revistas de moda llegadas de la capital francesa e incluso bocetos que yo misma me atrevía a dibujar sobre los diseños que causaban furor en todo el mundo. Desde que había abandonado la niñez y me habían permitido vestirme como una mujer hecha y derecha, mi entusiasmo por el modelaje me había llevado a imaginarme a mí misma retratada en las portadas de las revistas que tan cuidadosamente guardaba, vestida con las prendas y los accesorios más lujosos y exclusivos.

–¡Desde luego, has salido a mí! –me dijo, estudiándome la cara–. ¡Fíjate, qué perfecta eres! Esa boquita y esa nariz tan pequeñas, los ojos grandes y verdes... ¡Y tu altura y tu tez tan pálida! Si es que nadie diría que eres hija de tu madre, que tiene esa piel tan cetrina y tan poco burguesa. Todavía no sé qué vio tu padre en ella; ni siquiera tenía una gran fortuna...

–Porque se querían, tía –expresé en tono de reproche, arrugando el ceño–. Y todavía se quieren.

–Tú eres más como los Rovira, nena, solo hay que verte.

¿Cómo podía ser tan cruel? ¿Cómo se atrevía a hablarme así de mi propia madre? Sin duda alguna, mi tía no era una mujer compasiva: no dejaba títere con cabeza y criticaba a cualquiera que pudiera hacerle sombra. Y mi madre, aunque jamás había tenido el carácter y la actitud que se esperaba de la señora de la casa, seguía siendo la mujer de Agustín Rovira y su círculo social la respetaba por ello.

—Los ojos verdes son de mi madre, y el pelo negro también —me atreví a decir con orgullo—. Si no necesita que le ayude en nada más, me gustaría poder ir a verla.

—Vete, vete. —Hizo un gesto con la mano para que me marchara y se puso unas gotas de perfume—. Le vendrá bien verte.

Sentí un gran alivio al abandonar su habitación. Aunque tenía la obligación de obedecerla y de respetarla, en más de una ocasión había tenido que morderme la lengua para no reprocharle su actitud despiadada. Sin embargo, en casa nadie se atrevía a contradecir sus normas y deseos, quizá porque desde siempre habíamos sido conscientes de la debilidad de mi madre y de la sumisión que había mostrado hacia mi tía. Sabíamos que mi padre respaldaba a tía Elvira y que le había confiado el título de señora de la casa por encima de su propia esposa.

Me dirigí pues hacia el dormitorio de mi madre. Por el pasillo me encontré con mi hermano pequeño, Andreu, que pasó corriendo a mi lado sin apenas inmutarse. Tenía catorce años y estudiaba en uno de los mejores colegios de Sarriá. Aunque estaba a punto de abandonar los cuidados de la *dida* Valentina, la mujer que nos había criado y cuidado durante la infancia, todavía se comportaba como un niño consentido y travieso que siempre terminaba por salirse con la suya.

Abrí por fin la puerta de la habitación de mi madre, que estaba medio entornada, y el olor a vinagre me golpeó con fuerza en la nariz. Dentro estaba Juana, nuestra camarera, pasándole por la frente los paños mojados que tan poco la aliviaban; solo la soledad y la oscuridad de la habitación lograban que se repusiera un poco.

—Madre, ¿cómo se encuentra?

Me acerqué a ella y le pedí a Juana que fuera a ayudar a tía Elvira. Le retiré de la cara su precioso pelo azabache y le di un beso en la mejilla fría. Ella sonrió levemente y me miró como pidiéndome

que me fuera cuanto antes para que no la viera en ese estado tan triste y deprimente.

–Tiene que ponerse buena, madre, hoy es Navidad.

–No me encuentro bien, hija, no sé si bajaré a comer. –Me acarició las manos y pareció emocionada–. Ojalá pudiera tener tus dieciocho años, Amelia. Tienes que disfrutar de la vida, que solo hay una. No dejes que nadie te diga lo que tienes que hacer: cumple siempre tus sueños.

Mis ojos se humedecieron y cogí aire. Sus palabras estaban llenas de fuerza, pero su rostro transmitía lo contrario: mi madre había abandonado cualquier esperanza, se había dejado llevar por las carencias que dominaban su existencia.

–Quiero que usted haga lo mismo, madre. Haga un esfuerzo y baje con nosotros a comer. Vienen Víctor, el prometido de Carolina, y el padre Elíseo. Nos lo pasaremos bien, ya lo verá.

–Disfrútalo tú, cielo. –Dejó escapar un suspiro y cerró los ojos–. Vete, necesito dormir.

–Pero ¿qué le pasa? –Mi voz sonó más desesperada de lo que pretendía–. ¿Cómo puedo ayudarle?

–Es difícil de explicar, cariño.

De repente, escuché la gruesa voz de mi padre detrás de mí.

–Deja a tu madre tranquila –me ordenó, agarrándome del brazo y acompañándome a la puerta–. Si no quiere bajar, allá ella. Intentaremos pasar el día de Navidad lo mejor posible.

Mi madre abrió los ojos de golpe y pude percibir en ellos una mirada de tristeza devastadora, de esas que todavía guardo en mi memoria con todo mi pesar. Mi padre ni siquiera la miró; cerró la puerta tras de sí y me hizo bajar las escaleras hacia la planta principal. Esbocé una mueca intencionada de reproche, pero ni siquiera reparó en ella. Mi padre era un hombre autoritario, frío. Su americana con cuello de alas almidonadas y su bastón de bambú acentuaban todavía más ese carácter despótico y dominante que no solo demostraba en casa, sino también en su fábrica textil, donde los trabajadores se dirigían a él con el apelativo de cacique. Era un hombre distante y poco cariñoso, o al menos yo no había sido capaz de ver más allá. No recuerdo haber compartido con él ni un solo momento de mi vida hasta bien entrada la adolescencia, cuando por fin decidió

que ya era lo suficientemente mayor como para sentarme en el salón con los adultos. Siempre he pensado que todo el amor que no había demostrado a sus tres hijos pequeños lo había dedicado en exclusiva a mi hermano mayor, Eduardo, heredero de su fortuna y de la fábrica de *filatures* de la familia Rovira. Por ahora, Eduardo le ayudaba a gobernar aquel imperio de más de doscientos trabajadores.

—¿Has aprendido algo nuevo para tocar al piano? —Se atusó los bigotes y se retocó las patillas ya canosas—. Quiero que esta tarde nos toques alguna pieza, ya sabes que al padre Elíseo le encanta.

—Por supuesto, padre, no dude que lo haré.

No me gustaba tocar el piano, pero nadie me lo había preguntado jamás. Mis deseos o preferencias poco o nada importaban si tenían que ver con mi educación. Yo, como todas las demás muchachas de mi clase, debía convertirme en el ideal femenino por excelencia: una mujer recatada, débil y espiritualmente sensible que dedicara su tiempo a complacer a los demás.

—Escuche, padre —me atreví a decir—. ¿Por qué está así madre?

—Tu madre es frágil, eso es todo. A muchas mujeres les pasa. No podemos hacer nada por ella.

—Pero quizá no tiene la atención adecuada. Puede que se sienta..., no sé..., sola.

—No vayas por ahí, hija. —Su tono se volvió agresivo—. Ella sabe bien que tanto tu tía como yo hacemos lo que está en nuestras manos para ayudarle.

No fui capaz de continuar la conversación por miedo a ofenderle, así que llegamos en silencio al salón, donde ya estaba tía Elvira; mi padre se sentó en el capitoné mientras yo ordenaba las partituras que había sobre el piano, donde también reposaba un bonito mantón de Manila que había traído un amigo de la familia desde Filipinas. Sobre él también había varias cajitas de cerámica que mi madre había comprado durante su viaje de luna de miel por Europa, cuando era una mujer feliz y llena de vitalidad, así como varios retratos de la familia entre los que destacaba, por encima de todos, el de tía Elvira, con su manto y su vestido negro que tantas veces había tenido que ensanchar a medida que engordaba. Luego me acomodé frente a la galería que miraba hacia el exuberante paseo de Gracia, desde donde se podía observar el día a día de los ciudadanos más notables de

Barcelona y el ir y venir de los carruajes que llevaban a los invitados a las casas de sus respectivos anfitriones para disfrutar de un magnífico día de Navidad.

–Mira, la marquesa de Mariano luciendo sus espectaculares caballos. Con ese carruaje verde y rojo tan sofisticado... ¡Deberíamos tener uno mejor que ella! –comentó mi tía, siempre tan sutil. Hasta mí llegó su perfume a lavanda, que se mezcló con el ligero olor a pavo asado proveniente de la cocina.

–No puedes ser más que una marquesa, Elvira –dijo mi padre, que ahora estaba leyendo *La Vanguardia*–. Tenemos dinero, pero no tanto.

–¡Claro que lo tenemos, Agustín! ¿O acaso no va bien la fábrica?

–Va bien porque te pongo freno; si no, quizá estaríamos ya arruinados.

Tía Elvira se puso roja como un tomate, pero permaneció en silencio, sin atreverse a contestarle. Sabía perfectamente que a mi padre no podía tratarlo con la superioridad y la prepotencia con las que trataba a mi madre, pues de él dependían sus caprichos y los lujos de los que tanto disfrutaba en aquella casa.

De repente, vi aparecer por la esquina al prometido de mi hermana, que venía con un abrigo Ulster calado hasta las orejas y un sombrero de fieltro de lana que tapaba los hermosos ojos azules que habían enamorado a Carolina. Era un joven bien posicionado que pretendía seguir los pasos de uno de los arquitectos modernistas más importantes de Barcelona: Antoni Gaudí.

–¡Carolina! –grité desde el salón–. ¡Ya viene Víctor!

Escuché los pasos atropellados de mi hermana bajando por las escaleras. Se acercó a la vidriera a toda prisa, y sonrió al ver a su novio a pie de calle, saludándola con el sombrero. Carolina se arregló el vestido; le hacía una figura bonita y delgada, aunque ella no tenía ni mi porte ni mi altura, heredados de la familia de mi madre. Tenía el pelo castaño, al igual que los ojos, y se lo había cardado para darle altura y volumen y recogido en un moño alto. Víctor apareció a los pocos minutos y se sentó junto a ella y mi padre mientras se sometía a la inspección habitual de tía Elvira.

–¿Y cómo va el trabajo? ¿Ya te han encargado algún palacete?

–Tengo una buena noticia, pero me gustaría que también estuviera la señora Eulalia para contarla.

—No se preocupe por mi mujer. —Mi padre se encendió un cigarrillo turco y le ofreció otro a Víctor—. No se encuentra bien y no bajará para reunirse con nosotros.

—Oh, vaya, una lástima... —Miró a Carolina y le dio la mano—. ¡El barón de Maldá me ha pedido que le decore su casa! ¿No te parece increíble?

A Carolina se le escapó un gritito de alegría que tía Elvira desaprobó con una mirada de censura. Aun así, advertí en ella la satisfacción de haber logrado un matrimonio tan ventajoso para su sobrina.

—Si sigues así, algún día podrás hacerle sombra a la marquesa de Mariano —dijo mi tía con los ojos brillantes—. Aprende de tu hermana, Amelia, y encuentra a un hombre como Víctor, un hombre del que toda la familia esté orgullosa.

Hice oídos sordos al consejo, que provenía precisamente de una mujer que había decidido renunciar a una vida conyugal por mantener su independencia, y regresé a la galería para seguir observando la calle bañada por un sol pálido y ligero. Al poco rato apareció el padre Elíseo, que llevaba una sotana negra y una cajita de *neulas* que había comprado expresamente en la panadería de Sant Jaume. Se sentó al lado de mi tía, con quien más afinidad tenía, y comenzaron a destripar las desgracias y desventuras de lo más selecto de la sociedad barcelonesa. No pude evitar sentir que yo no encajaba en ninguno de los grupos que se habían formado a mi alrededor, como si no tuviera sitio en mi propia familia, como si no hubiéramos sido criados y educados en los mismos valores y con los mismos defectos. Eché de menos a mi madre, la persona con la que más a gusto y segura me sentía, y tuve que reprimir las ganas de subir a verla de nuevo para no disgustar a mi padre. Me esperaban unas Navidades realmente tristes y aburridas.

—¡Por fin estás aquí, Eduardo! —Mi padre se puso de pie al ver entrar a mi hermano mayor, como si le debiera cierta veneración—. Te estábamos esperando para empezar a comer.

—Lo siento, padre, me he entretenido. La fábrica marcha en perfectas condiciones.

—Pero ¡si hoy es Navidad! —exclamó el padre Elíseo—. Hoy es un día para estar en familia.

—Tiene usted toda la razón; solo he ido para echar un vistazo y comprobar que todo fuera bien.

–Eduardo tiene que acostumbrarse a llevar las riendas de la fábrica –añadió mi padre–. En un futuro, él será el dueño.

–Espero que sea más bien tarde que pronto. –Eduardo sonrió y mostró unos dientes bien alineados y blancos–. Usted me ha enseñado bien, padre, y le aseguro que no le defraudaré.

Aquel vaivén de halagos y alabanzas hizo que me revoliera incómoda en el sillón. Aunque me despreciaba por ello, no podía evitar sentir cierta envidia por mi hermano, que disfrutaba de la cercanía de mi padre sin tener que esforzarse demasiado. Ser el primogénito era una cualidad contra la que me era imposible competir, por mucho que me esforzara en ganarme su favor día a día y en pasar lo más desapercibida posible a fin de despreocuparlo de la terrible tarea de educar a una hija en plena juventud.

–Pasado mañana tengo una carrera –continuó mi hermano, al tiempo que se encendía un cigarrillo–. Así que intentaré no comer demasiado.

Eduardo era deportista: le encantaba jugar al tenis y montar a caballo; de hecho, era uno de los mejores jinetes de Barcelona. Los domingos solíamos ir al hipódromo para verlo montar, y era uno de los pocos momentos en los que mi madre se atrevía a salir de casa sin que le importara su malestar: el hipódromo era el lugar perfecto para demostrar que seguía siendo la misma mujer, fuerte y decidida, que había conquistado el corazón del heredero de la familia Rovira hacía ya veintitrés años. Lo cierto es que mi hermano mayor era un tipo envidiable, tenía todo a su favor y el físico también lo acompañaba: era alto, atlético, y tenía un bonito hoyuelo en la barbilla que lo hacía aún más atractivo e interesante.

Por fin nos sentamos a la mesa y, tras bendecirla, comenzamos a comer el exquisito pavo asado que había preparado Carme, la cocinera. Yo no conseguí disfrutarlo, quizá porque me faltaba la presencia de mi madre, de la que nadie parecía acordarse. Eduardo ni siquiera había preguntado por ella.

–¿Sabes que madre está enferma? –le dije, intentando removerle la conciencia por no haberle dedicado ni uno solo de sus comentarios–. No has subido a verla.

–Madre siempre está enferma. Qué quieres, ¿que me atormente por ello?

–Pero hoy es el día de Navidad. Le habría gustado verte.

Mis palabras no estaban consiguiendo el efecto deseado; preveía que me iba a caer una buena reprimenda por haber sacado el tema delante de los invitados.

–Amelia, no seas aguafiestas –interrumpió mi hermana–. Intenta disfrutar de la comida.

–No soy capaz si no está madre. –Miré entonces a mi padre, que estaba limpiándose el bigote con la servilleta–. ¿Podré subir a tomar el café con ella?

–No. Te quedarás aquí con nosotros. –Me lanzó una mirada fría–. Y haz el favor de no volver a sacar el tema. Tu madre está enferma y punto. No podemos hacer nada.

Siguió un silencio incómodo que pronto rompió la llegada de los turrónes y los licores Martinica. El padre Elíseo comenzó a beber, como de costumbre, y rápidamente le subieron los colores. Los hombres habían hecho un corrillo delimitado por el humo de sus puros habanos y hablaban de política y economía y del eterno debate a favor o en contra de los aranceles proteccionistas. Mi hermana y tía Elvira se enzarzaron en una acalorada discusión sobre si las flores que iban a guarnecer la mesa principal del banquete el día de la boda debían ser blancas, a juego con el vestido, o rosas. Me dejé caer en el respaldo de la silla y miré al techo como si desde allí pudiera ver a mi madre, como si el mero hecho de pensar en ella pudiera aliviar su sufrimiento.

Era un día especial para mi hermana Carolina: por fin tenía la última prueba de su vestido de boda. Estaba histérica y asustada por si había ganado unos kilos de más en las últimas comidas navideñas; de hecho, aquel día ni siquiera había desayunado y no hacía más que mirarse en el espejo de la alacena en busca de algún defecto con el que atormentarse. Sonreí con disimulo al verla tan preocupada por algo tan insignificante; ella esperaba algún halago o un piropo por mi parte, pero decidí darle un simple beso en la mejilla y sentarme al piano para tocar una melodía alegre y así tranquilizarla un poco. Tía Elvira, que hacía oídos sordos a sus quejas, se ocupaba de las labores frente a la vidriera mientras contaba los minutos que faltaban para las once, la hora de la cita con la modista. Justo en ese momento, mi padre entró en el salón con el periódico debajo del brazo.

–Espero que te controles hoy, Elvira –dijo, y la señaló con el dedo–. No quiero volver a pagar la factura de la otra vez.

Tía Elvira dejó las agujas sobre la mesita y se mordió el labio inferior con inquietud.

–Tu hija necesita toda la *toilette* para el día después de la boda y unos cuantos vestidos más para el viaje. ¿O esperas que parezca una cualquiera en Venecia?

Mi padre arrugó el bigote, visiblemente irritado, y se encendió un cigarro antes de continuar.

–¿Acaso no tiene ya suficientes vestidos?

–Agustín, ¡las mujeres nunca tenemos suficientes vestidos! ¿Cuándo vais a comprender eso los hombres?

–¡Me estáis costando un dineral, y no pienso seguir pagando vuestros caprichos!

Tía Elvira se levantó y se acercó a su hermano con una sonrisa torcida. Puso las manos sobre sus hombros e intentó mostrarse comprensiva.

–Entiendo que todo esto debería llevarlo tu mujer, y no yo. ¡Debes de estar tan preocupado por Eulalia! Ni siquiera puede acudir a la prueba del vestido de su hija...

–Eulalia no tiene nada que ver –dijo él con aspereza–. Los costes de la fábrica son cada vez más elevados. Quiero renovar los telares, pero no puedo afrontar los gastos si seguís derrochando de esta manera. ¡Esto se tiene que acabar!

–Pero, hermano, tienes que comprender que tus hijas están en la flor de la edad y que Carolina no puede empezar su nueva vida matrimonial con un ajuar escaso y de mala calidad. ¿Qué pensará la gente de los Rovira?

–¡Los Rovira somos una familia impecable!

Mi padre se estaba poniendo cada vez más nervioso y temí que la discusión se les fuera de las manos.

–Agustín, por favor, sé razonable. Hoy llega la nueva temporada de París... ¡No podemos pasearnos por el hipódromo con un vestido pasado de moda!

–No te lo vuelvo a repetir, Elvira. –Mi padre la miró intensamente a los ojos–. No pienso pagar ni un céntimo más hasta que compre los nuevos telares.

Después se levantó y se fue, abandonando el cigarrillo todavía encendido en el cenicero. Aunque por un instante creí que sus palabras habían amedrentado a mi tía, enseguida pude comprobar que no había sido así.

–Ni caso, niñas –dijo, mientras se dirigía hacia la puerta de la calle–. Ya se le pasará cuando os vea ser la envidia de toda Barcelona.

Nos pusimos los abrigos y nos preparamos para irnos. Salimos a la calle y saludamos al señor Gutiérrez, nuestro portero, que vestía un guardapolvo y limpiaba la entrada de la casa. Nos preguntó si queríamos ir en carruaje, pero decidimos ir dando un paseo: a pesar del frío, el cielo estaba despejado y el sol calentaba plácidamente las aceras. Camino de la calle Canuda, nos cruzamos con un sinfín de *didás* con sus peculiares vestidos tocados de terciopelo, sus cofias de puntas y sus llamativos pañuelos y pendientes. Ellas seguían su

particular jerarquía clasista: la niñera de un marqués debía estar a la altura de la familia a la que representaba, así que el paseo de Gracia se había convertido en un escaparate de *didas* elegantes y sofisticadas que competían para ver quién llevaba encima más galones dorados y collares de plata. Tía Elvira las miraba por encima del hombro, del mismo modo que lo hacía con cualquiera que no gozara de nuestro nivel de vida. Yo no podía sentirme más avergonzada: mi madre siempre me había enseñado que la humildad era uno de los valores más preciados y admirables en un ser humano, por eso siempre trataba con respeto y empatía a las criadas que trabajaban para nosotros.

Llegamos a la casa de moda Montagne y entramos en el enorme vestíbulo iluminado por lámparas de gas, tapizado de arriba abajo con brocados italianos. Había sillas y sofás de estilo Luis XVI y un sinfín de vitrinas repletas de figurines y periódicos de moda.

—¡Bienvenida, señora Rovira! —exclamó Carolina Montagne, que se apresuró a acercarse a nosotras, enseñándonos sin querer las enaguas bajo la falda negra.

—¡Qué gusto volver a verlas! —siguió su hermana María—. ¡Miren los nuevos diseños que llegan de París!

Se trataba de las modistas Montagne. Sus padres habían abandonado Francia y se habían instalado en Barcelona atraídos por el crecimiento económico de la ciudad, lo que permitió a sus hijas fundar su propia casa de moda diez años atrás. Solían viajar a París para imitar a los mejores diseñadores de la ciudad, y eso les daba prestigio y fama en una ciudad donde la publicación de revistas de moda estaba en pleno auge.

—Fíjense en este vestido de paño —continuó María Montagne; sin duda, la más abierta y expresiva de las dos—. El forro es de algodón, la pechera de glasé blanco... ¡Le quedaría estupendo a su sobrina! Ahora que se va a casar, necesita un ajuar nuevo, ya sabe que...

—Tenemos tantos gastos con la boda de la niña... —la interrumpió tía Elvira.

—Le saldría por unas doscientas pesetas. Toque el género, verá qué suavidad y qué gran calidad tiene el tejido.

Miré de reojo a mi tía, advirtiéndole con un gesto que recordara la amenaza de mi padre. Aquello pareció hacerla recapacitar y dejó de tocar la tela con el morro fruncido, un gesto infantil que solía

hacer cuando no conseguía lo que quería. En ese preciso instante apareció otra clienta, la señora de Llorach, una de las aristócratas más importantes de Barcelona, que iba acompañada por la pequeña de sus hijas: Isabel. Era una de las familias más *chics* de la ciudad: su marido, el doctor Pau Llorach, había hecho una gran fortuna comercializando el agua medicinal de Rubinat.

Isabel comenzó a observar los figurines y, sin decir nada, señaló uno por uno los que quería.

–Apúnteme esos cuatro –dijo la señora de Llorach con naturalidad–. Empieza la nueva temporada, y quiero que mi hija lleve los mejores vestidos de toda Barcelona.

Tía Elvira se puso roja de la rabia; durante unos segundos pensé que iba a salir de la tienda sin guardar las formas. Siempre quería tener más que los demás, o al menos aparentarlo.

–Me he enterado de que su sobrina se va a casar, señora Rovira –continuó la señora de Llorach, mirándola por encima del hombro–. Imagino que ha venido para comprarle un buen ajuar.

–Por supuesto que sí. –Miró a María Montagne y le señaló el vestido de antes–. Quiero este. ¿Qué son doscientas pesetas para la familia Rovira?

La miré seria, pero volvió la cara para no delatar su culpa. Aunque no me gustaba ver a mi padre enfadado, debía reconocer que me encantaba cuando le recriminaba su derroche. Los ruegos de ella entre lloros fingidos me parecían de lo más divertidos y, por qué no, también merecidos por su mal comportamiento.

–Y, además, el vestido de novia será uno de los mejores diseños que jamás se hayan visto –siguió, a la vez que cogía a Carolina de la mano–. ¿Vamos a hacer la última prueba?

–Pues vaya pensando en un nuevo vestido. –Isabel Llorach habló por primera vez y enseñó una boca de dientes perfectos–. Hago una fiesta el próximo sábado para celebrar mi cumpleaños. Será una fiesta de disfraces.

Tía Elvira palideció por completo: los vestidos de época o los disfraces exóticos costaban un dineral, y no podía ir con alguno que ya hubiera llevado en alguna fiesta anterior.

–Es usted muy amable, señorita, pero la semana que viene ya tenemos un compromiso –mintió. Prefería confesarse por el embuste

que ponerse en evidencia delante de los Llorach—. Se lo agradezco de todos modos.

María Montagne nos llevó al saloncito de pruebas, un gabinete forrado de espejos y estampado de tejidos ingleses iluminado por varias lámparas de gas. Era amplio, y en el centro había un figurín donde reposaba el espectacular vestido de mi hermana, hecho de una sola pieza de seda, con tul y tiras de crepé, falda con cola, cuello ajustado y mangas anchas ceñidas a las muñecas. Mi tía se emocionó al vérselo puesto y Carolina dejó escapar unas lágrimas cuando se vio reflejada en el espejo. No pude evitar entristecerme, pese a la alegría de los demás. A partir de ahora su vida se alejaría completamente de la mía, y todo lo que habíamos compartido y nos había mantenido unidas ya no volvería a repetirse nunca más. Aunque Carolina y yo éramos como la noche y el día, el hecho de ser mujeres y el haber tenido que soportar las tediosas normas de mi tía nos había acercado mucho.

—¡Te queda tan bien, nena! —exclamó tía Elvira—. Esa modistilla vuestra... ¿Cómo se llamaba? ¿Carmencita? ¡Qué dedos tiene para el encaje!

—Mejor ni oír hablar de esa señorita... —contestó la señora Montagne—. Ya no trabaja para nosotras.

—¡No me diga! Pero ¿qué ha ocurrido?

—Resulta que por las noches se dedicaba a..., ya sabe, a calentar las camas de los hombres. —Se sonrojó y tuvo que abanicarse con la mano—. Se justificó diciendo que cobraba muy poco y que necesitaba complementar su sueldo para cuidar de su madre enferma. Pero ¡si cobraba cuatro pesetas semanales! ¡Las mujeres que cosen en casa cobran tan solo dos y se pasan más de diez horas trabajando!

Me mantuve en silencio para no parecer maleducada, pero me hubiera encantado explicarle a la señora Montagne que un obrero necesitaba más de cuatro pesetas a la semana para poder pagar el alquiler y poner un plato caliente en la mesa. Lo había leído en el periódico.

—¡Qué poca vergüenza! —clamó mi tía, lanzando pequeñas partículas de saliva al aire—. No te puedes fiar de estas modistillas, les ciegan el dinero y la ambición y quieren ser como nosotras a toda costa.

—No creo que sea por ambición, sino por supervivencia —añadí, indignada por el tono despectivo que estaba utilizando—. Deberíamos

ponernos en su lugar y comprenderlas, no despreciarlas y marginarlas por sus actos.

–Amelia, pero ¿qué diablos te pasa? –me increpó mi hermana–. Una mujer debe guardar su virtud para su marido, independientemente de las necesidades que tenga.

–¿Aunque se muera de hambre? –respondí indignada–. Desgraciadamente, muchas mujeres tienen que recurrir a eso por necesidad, no por placer.

–Pero ¡trabajaba para mí! –gritó María, un poco ofendida por mis palabras–. ¿Qué pensará entonces la gente de mi casa de modas?

–Dices tonterías, nena –me recriminó tía Elvira sin mirarme siquiera a la cara–. Mejor estate calladita.

No sabía dónde meterme. Aunque nunca me hubiera faltado de nada, podía llegar a imaginarme lo que conllevaban las desgracias de la pobreza. Mi madre me había inculcado los valores suficientes para comprender los actos desesperados de los más desfavorecidos, y me sentía orgullosa de ello. Sin embargo, me daba pena que ninguno de mis hermanos hubiera captado como yo la esencia de sus palabras y de su generosidad. Me quedé callada por no fastidiarle el momento a mi hermana, pero tuve que retorcerme los dedos para evitar saltar de nuevo.

La puerta del saloncito se abrió de repente y apareció Dolores con un bonito sombrero que seguramente habría sacado de una de las vitrinas de la tienda.

–¡Amelia! –Corrió hacia mí y me abrazó–. ¡Tengo algo que enseñarte! ¡Ven conmigo!

La hija de María Montagne, Dolores, era mi mejor amiga. Era solo un año menor que yo, aunque aparentaba muchos menos por su carácter excesivamente infantil y poco formal. No era especialmente guapa, pero llevaba con gracia los vestidos que vendía su madre y tenía buen gusto a la hora de combinar colores y accesorios. Juntas habíamos soportado horas y horas de terrible espera en la casa de modas mientras tía Elvira decidía el estampado que mejor podría disimularle las curvas. Sin embargo, aquellos momentos de intimidad nos habían permitido soñar con un futuro rodeado de vestidos y sombreros de las altas casas de costura parisinas, de diseños únicos creados solo para nosotras. Nuestra imaginación no tenía límites, y en aquel taller oscuro donde las modistas no levantaban la cabeza de la

labor habíamos dejado volar nuestros sueños, aunque supiéramos que eran prácticamente imposibles, y posábamos como lo hacían las chicas que aparecían en las revistas que las hermanas Montagne traían de París cada nueva temporada. Quizá influida por el carácter alocado y atrevido de Dolores, yo misma me había dejado llevar por la pasión y decidí que la moda no solo sería un entretenimiento, sino que le dedicaría mi vida. Y estaba dispuesta a ello, aunque les costara un disgusto a los míos, aunque perdiera el respeto que me otorgaban mi clase y mi apellido.

—¡Tengo una sorpresa para ti!

Dolores me agarró de la mano y me llevó al taller del sótano, donde había una mesa larga y estrecha llena de ovillos de hilo, dedales y agujas, y otra mucho más grande repleta de patrones, rollos de papel de dibujo y retales de colores de todo tipo de tejidos. En esta segunda mesa, se sentaban las cuatro oficiales y las dos aprendizas de la Casa Montagne, que cosían y hablaban, vestidas con blusa blanca y falda negra y peinadas a la última moda. Pese a su buena apariencia, sus rostros transmitían cierta melancolía por las horas perdidas en aquel sótano sin apenas luz y aire fresco; la mayor no llegaba a los veinte años y se le veía la tez pálida y demacrada por efecto del cansancio y el aburrimiento.

—Laura, por favor, tráeme el vestido —le ordenó Dolores a una de las aprendizas.

La niña no tenía más de doce años y estaba condenada a trabajar de siete a ocho horas diarias por un sueldo solo un poco mejor que el de una lavandera.

—Aquí tiene, señorita Montagne —dijo la niña, contenta por haber sido de utilidad.

Eché un vistazo a su cuerpo, raquítrico y decaído; estaba visiblemente anémica, y sentí una gran pena por ella. Me disgustaba que tuviera que vivir las injusticias del mundo a una edad tan temprana.

—¡Mira qué vestido tan bonito! —exclamó Dolores—. ¡Es de la Casa Worth de París!

Era de un color azul despampanante, y enseguida me enamoré del efecto que causaba sobre mi piel pálida.

—¡Pruébatelo, vamos! —continuó, y me llevó tras un biombo—. Mi tía lo compró ya hecho y a mí no me va, me queda demasiado justo.

Dolores me ayudó a ponérmelo. Realmente me quedaba como un guante: era como si la modista que lo había cosido hubiera extraído las medidas de mi propio patrón.

–¡Estás preciosa! –exclamó, y me paseó por todo el taller para que todas me admiraran–. ¡Tienes un cuerpo tan perfecto! Estás destinada a ser maniquí, Amelia. Estoy segura de que hasta el propio Worth te contrataría sin pensárselo dos veces.

–¿Tú crees? –Me emocioné al imaginarme desfilando para el modisto más famoso del mundo, y sonreí como una boba–. Sería tan feliz si pudiera dedicarme a eso... Pero sabes que mi padre jamás me lo permitiría.

–Creo que tendrás que elegir entre tu familia o tu sueño. Ambos son incompatibles.

–Lo que tengo claro es que no pienso quedarme toda mi vida aguantando los sermones de tía Elvira.

–No tendrás que hacerlo. Cuando te cases formarás una familia y tendrás tu propio hogar.

Suspiré al pensarlo, y terminé negando con la cabeza.

–No creo que me case nunca, Dolores. Ningún hombre en su sano juicio dejaría que su mujer se dedicara a la moda. O al menos ninguno que fuera del gusto de mi tía. Estoy condenada a estar sola.

–Eso no lo sabes. Quizá te enamores perdidamente de alguien y no te parezca tan mal eso de hacer de señora de la casa.

Puse una mueca de incredulidad y decidí quitarme el vestido.

–¡No, no te lo quites! –Dolores me agarró de la mano y comenzó a tirar de mí–. Tiene que verte tu tía.

En el gabinete, María Montagne seguía poniendo alfileres al vestido de mi hermana mientras tía Elvira, sentada en el sillón, hojeaba una revista de moda. Cuando me vio entrar con el vestido de noche, se levantó como un relámpago y tragó saliva al pensar que tendría que pagar también por él.

–¿De dónde has sacado eso? No me digas que lo pediste sin que yo me enterara.

–No, señora Rovira –se adelantó Dolores–. Es un regalo. ¡Mire qué bien le sienta!

Al oír esas palabras, los ojos se le iluminaron y ella dejó escapar un suspiro de alivio. Luego, consciente de lo bien que me quedaba,

me obligó a pasearme por el saloncito para recibir los halagos de las demás.

–¡Señora de Llorach! –gritó mi tía con impaciencia– ¡Señora de Llorach! ¡Venga a ver esto!

La señora de Llorach entró corriendo, acompañada de su hija, y ambas asintieron con poco entusiasmo, irritadas por haber sido molestadas tan solo para que mi tía pudiera presumir de sobrina.

–¿A que no han visto semejante hermosura en su vida? –insistió tía Elvira.

–Desde luego, es muy guapa –comentó–. Qué extraño que no tenga ningún pretendiente todavía. Mi Isabel, en cambio, ya tiene más de una oferta de matrimonio.

–Yo no quiero casarme –respondí con toda naturalidad–. Quiero ser maniquí.

–Pero ¡qué tonterías dices, nena! –me reprendió mi tía–. Mi sobrina jamás se dedicará a un oficio tan poco digno de gente como nosotros. ¿Es que quieres matar a tu padre de un disgusto?

–Es lo que quiero ser, y creo que tengo derecho a elegir mi futuro –le espeté, de mal humor.

–Déjate de bobadas, ya se te pasará el caprichito. Cuando encuentres a un buen hombre que te dé todo lo que quieras, ya verás tú como cambias de opinión.

–¡Tiene que ser tan emocionante! –exclamé, fingiendo no haber oído el último comentario de mi tía–. Salir en las revistas de moda, con esos vestidos exclusivos...

–¿Te imaginas vivir en París? –me preguntó Dolores sin contener su emoción–. Ganar tu propio dinero, hacer lo que quieras sin pedir permiso a nadie...

–¡Dejad ya el tema, nenas! –exclamó mi tía, perdiendo la paciencia–. ¡Haz el favor de cambiarte! ¡Ninguna Rovira será jamás una figurín de esas!

Yo era una Rovira, y deseaba más que nunca llevarle la contraria a mi tía.